



Galanes menesterosos

Según una reseña publicada en CASTELLÓN DIARIO el pasado día 2 de abril: "El grupo parlamentario socialista ha presentado una propuesta en las Cortes Valencianas para que la Conselleria de Sanidad gestione que los preservativos se vendan a 50 pesetas la unidad. Esta propuesta se incluye en una iniciativa parlamentaria de los socialistas, en la que también se pide que el Gobierno valenciano realice una campaña de información..."

D. Jesús Hugueta, diputado autonómico del PSOE por Castellón, manifestó -según dicha reseña- que el 50% de los jóvenes de la Comunidad no utiliza los preservativos en sus relaciones sexuales.

¿Y qué razones tienen para no utilizarlos? Pues es fácil adivinar que existen tres posibles razones: 1) porque no creen que deben utilizarlos, 2) o porque no disponen de medios económicos para adquirirlos, 3) o simplemente, porque prefieren no usarlos.

Como es natural, la campaña de información propuesta por el grupo parlamentario socialista parece ir dirigida a corregir la primera de las situaciones, es decir, conseguir que aquellos jóvenes que no creen que deben utilizarlos, acaben creyendo que sí que deben hacerlo.

La propuesta para que la Conselleria de Sanidad gestione que los preservativos se vendan a 50 pesetas la unidad, parece dirigida a remediar la segunda de las situaciones, es decir, la de aquellos galancetes menesterosos, que no tienen guita suficiente para adquirirlos.

Las medidas propuestas parecen dirigidas a reme-

diar las dos primeras situaciones, pero la tercera, es decir la de aquellos jóvenes que insisten en no utilizar los preservativos, a sabiendas de los riesgos que con ello corren, tiene muy mala solución, y poco se puede hacer por ayudarles. Cuando actúan así, es porque tienen unas razones íntimas, derivadas de su personal sensibilidad, que afectan a lo más privado de su ser, y que deben ser respetadas, incluso, por los parlamentarios de las Cortes Valencianas.

Una campaña de información entre los jóvenes -si es razonable, prudente y respetuosa con los principios éticos- podría ser de gran utilidad para los interesados, y merecería la aprobación generalizada de los ciudadanos.

Ahora bien, la iniciativa de vender profilácticos a precio de saldo ya no sería tan bien acogida, porque su justificación es extremadamente dudosa. Una cosa es la voluntad de ayudar a los jóvenes a remediar situaciones en las cuales no deberían estar involucrados, y otra muy distinta es hacer un gorgorito demagógico a propósito de un problema inexistente.

¿Qué representa el coste de semejante artilugio en el presupuesto amatorio de un ardoroso galancete? ¿Acaso cuesta más caro que invitar a una taza de poleo? ¿Qué pinta en estos menesteres un joven voluntarioso, que necesita ser subvencionado, nada menos que por una Conselleria, para adquirir su equipo de trabajo?

¿Se imaginan Uds. lo lejos que iría un pobre diablo que saliese de su casa, dispuesto a comerse el mundo, y que llevase, como único peculio, una monedita de cincuenta pesetas, perdida

en un rincón de sus bolsillos?. Es seguro que, con esa monedita, no llegaría a comerse el mundo -y ni siquiera una simple rosca- aunque la invirtiese en adquirir un profiláctico bonificado por una subvención oficial.

El galanteo, por muy abreviado que sea, exige un mínimo de obsequiosidad por parte del varón. Es bien sabido que muchos animalitos machos obsequian a sus hembras, como parte del ritual amatorio.

La obsequiosidad que acompaña al galanteo no ha de quedar reducida a meras actitudes o gestos. Debe materializarse en algo más tangible, aunque sea modesto, como sería, por ejemplo, una ligera merienda. Aunque Romeo se limitase a hacer una invitación tan sencilla como bocata y café, habría de invertir el equivalente al coste de veinte preservativos, cotizados al precio propuesto por el grupo socialista en las Cortes valencianas. Y esto es sólo parte del costo previsto para una operación de esta naturaleza.

Queda, pues, absolutamente claro, que en las artes amatorias el coste de los elementos auxiliares es insignificante con relación al coste total y, en consecuencia, un abaratamiento de los mismos jamás será decisivo para condicionar su uso.

Y no siendo ésta la razón, ¿por qué tiene tanto interés el grupo socialista en proponer que se establezca un precio limitado a 50 pesetas la unidad? ¿Es que lo hace para granjearse la simpatía y el voto de los jóvenes ligones, a costa de los contribuyentes? ¿O es que, simplemente, quiere tirarse un farde, y fantasmear de sensibilidad social?

Según mi modesto entender, si esta iniciativa se llevase adelante, se agravaría a la juventud seria y responsable.

Tengo la impresión de que los jóvenes están ya hartos de que los partidos políticos se inmiscuyan en sus intimidades, y traten de incentivarlas y regularlas mediante campañas tendenciosas, y subvenciones que, además de mezquinas y ridículas, son innecesarias. Esta es demagogia barata, que se pretende hacer con cuatro reales. Los jóvenes necesitan ayudas mucho más serias.

Lo que, de verdad, necesitan los jóvenes es que se ocupen de ellos en estos tres aspectos fundamentales:

1.- Que se provean unas enseñanzas asequibles, y un ambiente social ade-

cuado, para su formación humana integral y para el pleno desarrollo de sus valores éticos.

2.- Que se les de una sólida formación profesional que les capacite para actuar con competencia en una sociedad avanzada.

3.- Que, al acabar su formación, se les ofrezca un empleo estable, que les permita configurar por sí mismos su entorno sentimental y profesional.

De su vida íntima se ocuparán ellos, y nada más que ellos, sin la ayuda de correveidiles y alcahuetes.

Los parlamentarios, si tienen suficiente imaginación, hallarán con facilidad otros asuntos de más enjundia para ocupar sus horas y para justificar sus sueldos.